

estático que establece regiones diversas por su grado de aculturación, sino también desde un punto de vista histórico y dinámico que considera, por una parte, cinco etapas distintas de aculturación y, por otra parte, un período temprano y uno tardío de pérdida de rasgos peculiares. Al mismo tiempo, se hace notar que los rasgos precolombinos perdidos son más numerosos en la etapa temprana que en la tardía (s. XVI frente al s. XIX) habiendo un solo caso (el de los Pokoman guatemaltecos) en el que las pérdidas tempranas igualan a las tardías.

El libro tiene el gran mérito de presentar una exposición de conjunto, no intentada hasta ahora, en la que se reúnen los trabajos contrastados de investigadores que, a menudo se ignoraban y carecían de la vista de conjunto necesaria al encuadre correcto de los problemas del sitio por ellos estudiado y de la zona en su totalidad.

Además, la comparación entre la etnografía antigua y la moderna de los pueblos indígenas de México se halla plena de posibilidades en cuanto a la planeación de una política de incorporación del indio a la vida nacional que se basa más en la evolución acelerada que en la revolución súbita y forzada de la vida y de la mentalidad indígenas, y que se realice en forma armónica para los diversos pueblos de esta zona.

FRANKL, VÍCTOR: *Espíritu y Camino de Hispanoamérica*. Tomo I: "La Cultura Hispanoamericana y la Filosofía Europea". Ediciones de la Revista *Bolívar*. Bogotá, 1953.

Hispanoamérica atraviesa por una crisis, sí, mas no por la que se postula

para la humanidad, ni por la que amaga al Occidente de la decadencia spengleriana. Hispanoamérica cruza por una zona abismal, mas es el suyo tránsito creador de una "estructura postiza, prestada, de carácter modernista-materialista a una auténtica y propia de carácter medioeval-espiritualista". Tal es la tesis sostenida en esta serie de ensayos por quien, como hijo adoptivo, ha querido unir su suerte a la de nuestro pueblo continente.

La tesis se delinea y desarrolla como una verdadera filosofía de la historia hispanoamericana. En ella, a la enmascarante imitación de lo ajeno se opone como tendencia por enfatizar aquella que lleva a naciones hermanadas por una común colonización hacia la constitución de un nuevo Medioevo que el autor exalta en la visión profética y en la comparación diacrónico-retrospectiva con los valores del Medioevo antiguo.

Nada tiene pues de extraño que punto clave y punto de partida para estas consideraciones sea San Agustín, cuya vida es también tránsito "desde su despertar sobre el círculo de la civilización clásica —envejecida, individualizada, intelectualizada, incapaz de pensar en términos de solidaridad y responsabilidad mutua hasta el descubrimiento en su ciudad obispa africana de la vida de la Iglesia, y con ella, de la verdadera actitud simbolista-espiritualista de la realidad, actitudes propias del Medioevo"

El paralelismo entre la situación del hombre hispanoamericano y la de San Agustín en esa época gozne de la Historia, queda puesto de relieve en cuanto se observa que la cultura occidental ha llegado al máximo desarrollo de esa actitud individualizada, racionalista, poco dada —si no negada— al solidarismo

que la colectividad requiere, en tanto que entre nuestras grandes masas de vida auténtica, espontánea, la sociabilidad densa y el arraigo a las realidades de un mundo telúrico preservan una forma de existencia diferente de más subidos quilates que ese otro modo de vida enajenada de una minoría intelectualista que mira de continuo al Occidente para robar de sus labios la última palabra dicha, el más reciente de los gritos de la moda.

De cuerpo entero se nos muestra Frankl como filósofo de la Historia cuando señala que, a pesar de las continuas interferencias que del viejo mundo europeo ha de sufrir Hispanoamérica en esa línea que arranca de la misma intimidad de su ser, “la grande lógica orgánica de esa evolución no puede ser aniquilada”.

Camino de la autenticidad hispanoamericana no quiere decir, con todo, actitud de rechazo ante el pensamiento filosófico de Europa, pues si es falsa la tesis de quienes afirman que el mundo hispanoamericano no posee nada propio de validez intelectual, no es menos falsa la de quienes —como Luis Alberto Sánchez— señalan que América no necesita de la cultura europea.

La comparación diacrónica vuelve a ser utilizada por Frankl en cuanto, frente a este problema, trata de puntualizar su posición. Hispanoamérica ocupa la misma posición que la Edad Media respecto a la sabiduría clásica; bulle en ella, como en los pueblos medioevales, una juventud que rinde tributo a lo que, ya vetusto, se mira como cosa completa, hecha, terminada, perfecta; pero asimismo, su juventud siente en sí el impulso genésico y, en lugar de repetir simplemente lo recibido, lo transforma

de acuerdo con una cosmovisión particular, de acuerdo con las necesidades que los medios físico y social imponen.

Y es así como el Dr. Francia en el Paraguay, decidido a lograr la independencia absoluta respecto de Argentina encuentra en la doctrina organicista un medio de afirmación de la personalidad propia, y de la negación de la mera adición de individuos como esencial forma de constitución de su patria. El cuerpo místico-teológico de la Iglesia, transformado en el cuerpo místico-político del Estado diseñado por Suárez, venía a servir las necesidades hispanoamericanas mediante una transformación creadora.

En forma semejante, el mejor sistema de Filosofía de la Historia en Hispanoamérica —el de José Natalicio González— logra originalidad no obstante su búsqueda de inspiración en Goethe, en los románticos de la historia y del Derecho como Savigny, y en los sociólogos e historiadores neorrománticos de nuestro tiempo como Sombart y Spengler. Dentro del sistema así creado, las instituciones nacionales se contemplan como realización progresiva de un “arquetipo” también nacional, y una cultura es considerada como unidad de estilo, de acuerdo con la filosofía herderiana de la historia.

Junto a estas dos creaciones hispanoamericanas cuenta la filosófica de José Vasconcelos, “vasto sistema, y expresión tal vez la más trascendental de una metamorfosis de conceptos filosóficos europeos en el ambiente hispanoamericano” Frankl resume el aporte de Vasconcelos como señalamiento de tres estadios de evolución cultural que pretende validez restringida para Hispanoamérica: edad materialista, edad intelectualista y

edad esteticista que marcan una línea de progreso hacia una espiritualidad creciente del hombre, y que, en el último estadio pasa por grados cuyas vivencias conducen a etapas más perfectas de revelación de la unidad esencial entre el hombre y el mundo: estadio apolíneo o de la belleza plástica, estadio dionisiaco o de la belleza rítmica, y estadio místico o de la belleza litúrgica.

Nos preguntamos si un oculto hilo de conexión mental ha llevado a Frankl a aceptar tácitamente estos períodos evolutivos, y en seguida a preguntarse en cuál de ellos se encuentra actualmente Hispanoamérica, ya que, en la estación siguiente de su indagación, se interroga acerca de la existencia de una unidad de estilo en el arte americano, y encuentra que "hay por lo menos, *un* pintor que ha realizado arte simbólico de gran estilo, arte en que la expresión de lo espiritual por medio de una transformación limitada de la realidad espacial, empírica y corporal llega a alturas insospechadas: *Orozco*". Y con respecto a él encuentra parentesco espiritual con el arte bizantino, y con la concepción cíclica y antipogresista del desarrollo humano que culmina en el sacrificio y que parece tan característico de nuestras culturas indígenas; puntos que señalan el total despego hacia la idea del Progreso idolizado racionalistamente por una cultura Occidental individualizada que se desintegra.

Y así como, con respecto al Occidente, ha marcado parentescos de lo hispanoamericano, principiando con éste de *Orozco* (desde nuestro lado), seguirá marcando antipatías para determinadas corrientes del pensamiento europeo. Es así como encuentra que Descartes no tiene relación alguna con el Medioevo

Hispanoamericano y que a Kant (en quien culmina el movimiento que hace autárquico al individuo) se le rechaza por todo filósofo auténticamente hispanoamericano ya que "el espíritu hispanoamericano, como todo espíritu cultural joven y ascendente, se siente insertado en la gran objetividad de los mundos natural, social y sobrenatural por una firme tradición social, y por sublimes fuerzas religiosas". De donde la separación clara hecha por Antonio Caso entre la filosofía actual del Continente y la kantiana.

Haya de la Torre, en su "Espacio-Tiempo Histórico" reveló las diferencias del estilo vital de diversos pueblos con base en la vivencia temporal. Dicho estudio viene a revelar de nuevo las fundamentales semejanzas y diferencias existentes entre las gentes de nuestro continente y las grandes figuras del antiguo.

En esta vez es Goethe el término de la comparación, ya que Hispanoamérica, como el gran poeta, se encuentra en una situación en que los miembros del *monde savant* corren desatentadamente tras un futuro espectral, lo cual no les da un empuje vigoroso por no estar nutrido ese impulso en las hondas raíces ancestrales; en tanto, el pueblo anónimo vive el tiempo como unidad esencial de presente y pasado, como estructura cíclica calcada de los grandes movimientos de la naturaleza.

Es así como Luis Alberto Sánchez ha hecho notar que aquí se invierten los tiempos históricos, y que en lugar de marchar de la cultura a la civilización, Hispanoamérica pasa de lo artificial (civilización) lo orgánico (cultura) reemplazando el artefacto importado o impuesto por lo orgánico y nacido, el

“antes” por el “después” como en el Fausto de Goethe.

El propósito de Frankl, discriminador de créditos y aportes originales de Hispanoamérica, le lleva a trazar valiosos esbozos monográficos, como son los que se refieren a “La Estructura del Pensamiento Político, Histórico y Económico del Arzobispo Virrey Antonio Caballero y Góngora”, “La Filosofía de la Historia y de la Política en la Obra de J. Natalicio González”, y “Filosofía Colombiana del Pasado y del Futuro”.

Este primer tomo de los tres que ha de publicar Frankl en torno a los problemas de “espíritu y camino de Hispanoamérica”, viene a confirmar el aprecio que ya teníamos por este autor desde la lectura de ese trabajo suyo —de elevada esencia vital y ética— que Fondo de Cultura Económica ha traducido con el título de “Psicoanálisis y Existencialismo”. La labor que ahora cumple con la publicación de esta serie de ensayos, ha de rendir importantes frutos para la develación sociológica y filosófico-histórica de lo que es y ha sido el modo de existencia hispanoamericana.

GUISA Y AZEVEDO, JESÚS: *La Civitas Mexicana y Nosotros los Católicos*. Editorial Polis. México, 1953.

“Todos los fenómenos sociales, en México, son una a manera de conspiración contra el hombre” dice Guisa y Azevedo en los primeros renglones de esta obra cuyo primer epígrafe capitular es el que la califica de “lección de pesimismo”; sin embargo, es justo decir que ni el título ni la consideración iniciales esterilizan el pensamiento y la

actividad del autor, sino que, por el contrario, la visión angustiosa de lo que es México —rápida delineación en las primeras páginas— le impele a interrogarse acerca de las causas de ese pauperismo físico, económico moral e intelectual y, una vez que cree descubrir la causa de tanta miseria, su misma contemplación pesimista le lanza a una arremetida polémica cuya corriente recorre las subsiguientes páginas del libro.

Frente al antiguo optimismo de los mexicanos que consideraban que México era un país rico y que, consecuentemente, se entregaban al más despreocupado vivir; frente al pesimismo más reciente de otros mexicanos que no ven en esta porción territorial sino la remota posibilidad de ser y seguir siendo morada y rincón de parias irredentos; frente a esas dos posiciones extremistas e igualmente vituperables, Guisa y Azevedo levanta una más nueva: un pesimismo que lleva implicados gérmenes de optimismo, primordios que, a diferencia de los antiguos, obligan al hombre al esfuerzo y no ya a la ociosidad o al abandono: México puede transformar los tonos oscuros con los que una visión realista (y no propiamente pesimista) nos lo pinta, pero para ello se requiere de un ahincarse del mexicano en la labor de dar a su circunstancia geográfica, histórica, social y política, los tonos amables con los que le gustaría verla revestida.

Para Guisa y Azevedo, México no es ni un país rico ni un país pobre; no lo contempla estáticamente sino que, con verdadera conciencia histórica, le mira en su devenir de siglos; en su transcurso que se remonta más allá de la Conquista y que trasciende de este momento de angustioso presente; ni rico ni